



Grupo Vasco del Club de Roma

La rebelión de los científicos

23-05-2010 | Club de Roma

Los científicos nos rebelamos. No porque tengamos la respuesta a la tan compleja y espinosa cuestión de la identidad, ni siquiera sabemos si hay una, sino por nuestra imposibilidad de aceptar la censura y el tabú. Si algo caracteriza a la Ciencia es la abundancia de las preguntas y el esfuerzo honesto por dar con respuestas cada vez más elaboradas y certeras. No vale pues prohibir las preguntas. No vale no reflexionar, elaborar y analizar y evaluar las respuestas. Es el alegato, hoy en el diario Deia, de Enrique Zuazua, Matemático y profesor de Investigación de Ikerbasque.

**Enrique Zuazua**

Identidad en crisis

Aún recuerdo cómo celebramos la entrada del siglo XXI. Algunos discutían si debía hacerse al inicio de 2000 o de 2001. Otros simplemente dieron la bienvenida a los nuevos dos dígitos que iban a prefijar los años durante los próximos cien con una gran fiesta. Así, en la Nochevieja entre el 31 de diciembre de 1999 y la mañana del 1 de enero de 2000, entramos en el siglo XXI. A estas alturas, tras una década, está claro que la experiencia merecía la pena. El siglo XXI es como un concierto de música caro a cargo de una estrella. Uno entra en el auditorio pensando lo cara que le ha costado entrada y sale considerando que la experiencia no tenía precio. Algunos de nuestros más conocidos restaurantes se caracterizan exactamente por ofrecer viajes semejantes.

El siglo XXI se caracterizará, por tanto, por todo menos por el aburrimiento. En realidad la globalización e internet (¿o son la misma cosa?) nos han traído una sociedad llena de estímulos e información y carente de tiempo. Tanto es así que cuando pensamos en un destino vacacional buscamos con frecuencia los más remotos ya sea en lo local (turismo rural) o lejano, con el inconsciente primer objetivo de *parar el tiempo*. Incluso los viajes de vacaciones organizados han de estar un poco desestructurados, y tener horarios un poco impares, para romper la rutina y crear momentos en los que nada ocurra.

En el mundo de la educación, de la investigación y de la ciencia tampoco somos ajenos a estos cambios exponenciales. Hay quien los sufre y quien los disfruta. Es como las olas en la playa; establecen una jerarquía. Los expertos surfistas disfrutan con las olas de cuatro metros, mientras los demás sacamos fotos boquiabiertos desde la arena, procurando que no nos arrastren. Si por algo se va

a caracterizar la ciencia en este siglo es por su imprevisibilidad. No sabemos cuáles van a ser los descubrimientos más importantes, ni quién los va a realizar, ni dónde, ni en qué campo. La globalización ha abierto también el mercado de las oportunidades científicas.

Lo que sí es evidente es que las Ciencias de la Vida, y todo lo que se relaciona con ellas, tendrán mucho ver con los retos y los hitos más importantes. El cerebro, por ejemplo, es uno de los objetos más fascinantes de investigación. ¿Alguien conoce una máquina más perfecta? ¿Hay alguna máquina de crear, de calcular, de memorizar que pueda competir con él? ¿Alguien entiende cómo se producen los procesos depresivos? ¿Cómo caemos en el abismo para, con la ayuda de la terapia y la química, salir de él, como si saltáramos en una cama elástica? El cerebro es un sistema y una red de comunicaciones complejo que nos acompaña siempre. Es nuestro gran aliado pero también a veces un patrón tirano. En eso estamos. Vale todo ante el inmenso reto de entender el cerebro. Matemáticas, ciencias de la computación, neurociencias, biología, antropología...

El cerebro nos hace lo que somos y somos lo que somos capaces de hacer con él. El cuerpo, importante, esencial, es apenas una membrana, un mecano, que permite plasmar sus elucubraciones en realidades y a su vez actuar sobre él a través de los sentidos. Así, cuando el recuerdo de las fechas, de los lugares, de los rostros, se borra, muchas veces perdura el de los perfumes...

El cerebro nos da identidad. Pero el debate identitario, tan natural hasta hace poco, en que todos sabíamos de donde éramos y de dónde eran nuestros padres y abuelos, donde la emigración era como mucho entre Mondragón y Eibar, Galicia y Euskadi, o Euskadi y América, tiene un mapa de conexiones mucho más complejo, y se ha tornado un tema controvertido. Hay quien esgrime su identidad como si nada hubiera pasado. Mala suerte, no se han enterado de que el mundo ha cambiado para siempre. Y hay quien reniega de ella, quien casi prohíbe hablar de ella, para después enloquecer de pasión el día del partido de la selección nacional correspondiente. Ni una cosa ni otra. Identidad tenemos, pues tenemos cerebro. Y la identidad tiene una vertiente individual y otra colectiva, innegables ambas. Cualquier colectivo humano es a la vez unión de individuos y, simultáneamente, una entidad fusionada con características propias.

Basta dar unas cuantas vueltas por el mundo para descubrir que en todo el mundo cuecen habas. No hay país donde no haya naciones, pueblos, regiones, etnias, culturas que no sientan la diferencia ya sea, mayormente, por lengua o religión, los hechos diferenciales más fáciles de identificar.

Y en Euskadi o en Euskal Herria (finalmente, ¿son lo mismo o no?) nos pasa también. En nuestro caso no es por la religión, pues somos mayoritariamente católicos en toda la euroregión en la nos embebemos, y además de los más aventajados, pues en vida practicamos poco, pero bien que nos aseguramos el cielo eterno con el arrepentimiento último de la extremaunción.

La verdad es que cuando uno va a otros países se da cuenta de lo duro que puede ser practicar otras religiones: rezar varias veces al día, de sol a sol, ayunar durante períodos prolongados. ¿Realmente se puede trabajar sin tomar un par de cafés a lo largo de la mañana? Pues sí, y bien además, véase si no el importante legado que otras civilizaciones han dejado en buena parte del planeta.

En nuestro caso, nuestra identidad, como vascos, además de en los txokos, en nuestros equipos de fútbol y en nuestro inolvidable *asento*, reside en nuestra lengua, el euskera. No sé como conseguiríamos distinguir Euskadi de Cantabria o Aquitania si no fuera por el euskera. ¿A alguien se le ocurre cómo? ¿Y dentro de otro siglo, en 2147 por ejemplo, también conseguiríamos distinguirlo, ya en un mundo mucho más global aún, sin fronteras, con una Europa y un concepto de ciudadanía europea consolidado? Tal vez la cuestión resulte irrelevante, pero la respuesta se me antoja difícil.

Lo que desde luego sí nos hace únicos a los vascos es nuestra lengua y las dificultades que tenemos con ella. Observamos que hay muchos jóvenes que, habiendo cursado todos los estudios por la línea del euskera, no consiguen ser capaces de comunicarse en dicha lengua con fluidez. Yo no conozco otro país en lo que esto ocurra, aunque posiblemente haberlos los haya. En esto sí que somos únicos. Por supuesto: en tan espinoso tema siempre hay que matizar. Lo dicho no es válido universalmente. De hecho hay mucha gente que, incluso ya de adultos, ha aprendido el euskera correctamente a base de esfuerzo personal e ilusión. Pero todos sabemos que en algunas de las urbes más importantes vascas lo dicho ocurre y, peor aún, seguirá ocurriendo para la desesperación de docentes y autoridades educativas.

Pero ha llegado la crisis, y de repente hemos sentido crujir el suelo que pisamos. El debate identitario ha cedido protagonismo al del bolsillo, aquí y en el resto del mundo. En casi todos los rincones del planeta estamos los humanos más preocupados por el paro, el déficit, la reducción de salarios o la evolución del mercado inmobiliario que por nuestra identidad. Ya nos ocuparemos cada uno de

nuestra identidad, como si se tratara de la ropa interior, a condición de que los gobiernos se ocupen de los grandes números (parece que lo intentan seriamente). Una cosa es cierta: todo esto nos va a hacer mucho más europeos. Ya no vale jugar a serlo para atraer fondos de desarrollo y luego aplicar la ley del lazarillo. Ahora, véase el ejemplo de Grecia y España, habrá que ponerse la pila europea de verdad. Y mejor si es alcalina.

Pero, aunque pinten bastos, el tema identitario subyace. Es un runrún que vibra en todos lados. En Polonia, en Bretaña, en Escocia, en Turquía, en Ucrania, en el Tíbet. Incluso la prensa española habla del asunto sin complejos, pero sólo de puertas a fuera. Aquí pasa de ser cuestión cultural o sociológico-política a tabú. De ahí el éxito, incluso reconocido a nivel estatal, de programas como *Vaya semanita* o *Cocidito madrileño*.

Y, claro, los científicos nos rebelamos. No porque tengamos la respuesta a la tan compleja y espinosa cuestión de la identidad, ni siquiera sabemos si hay una, sino por nuestra imposibilidad de aceptar la censura y el tabú. Si algo caracteriza a la Ciencia es la abundancia de las preguntas y el esfuerzo honesto por dar con respuestas cada vez más elaboradas y certeras. No vale pues prohibir las preguntas. No vale no reflexionar, elaborar y analizar y evaluar las respuestas. Y, ojo, por si acaso, que nadie tilde estas manifestaciones de políticas. Nada más lejos de la realidad. Son meras constataciones de un científico que, como tal, tiene que hablar con mucha gente, de Ciencia, pero también de vez en cuando de las cosas de la vida en las que la mirada científica puede aportar algo de luz o, al menos, un reflejo diferente.

Tengo la impresión o intuición de que hay margen para ciudadanos europeos, caracterizados o identificados por vivir en Euskadi, o estar fuertemente vinculados a esta tierra, y contar entre sus pequeños trofeos con el ser políglotas y tener el euskera como una de sus lenguas vehiculares. ¿Resuelve esto la aparentemente imposible encrucijada entre ciudadanía, pueblo e identidad?